

nández, Dagnino, Ochoa, Ginebra, siento un secreto entusiasmo que me lleva a creer que la tomística será poderoso lazo para unir los elementos de la raza latina, que ha de ser cristiana por el corazón y tomista por el pensamiento.

Y si los americanos no fuéramos tan dados a prejuicios insensatos; si sintiéramos, más que decimos, la necesidad de la unión, ¿al rededor de qué bandera más ilustre por el abolengo, como noble por las ejecutoriās, podríamos gritar: Somos los herederos de los ideales latinos?

Y no valga en contra de esto el que sea nuestro idioma el rico de Castilla; porque si el arte de decir es inseparable de la ciencia de pensar, ¿de qué nos valdrá el mismo ropaje para diversas ideas?

Pero, hecha justicia a los colegas venezolanos, sólo nos corresponde, por ahora, felicitarlos y admirarlos.

J. F. FRANCO QUIJANO

---

## DISCURSO

### DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Tenéis costumbre vosotros, los que cursáis las aulas y hacéis vida de reglamento y de labor lejos de la caricia y del halago de los seres predilectos del alma, de anhelar este día en que se pone tregua a la aplicación y se premian los esfuerzos. Miráislo como cumbre dorada, en donde termina lo austero de la disciplina; en donde se respira el libre ambiente del entusiasmo; en donde una aura de confraternidad entrelaza los corazones. Tenéislo por día clásico de la vida y lo esperáis con regocijo como suceso fausto, como caricia

de ilusión que empapa con tenue rocío el alma y que la fantasía se place en traer y llevar sobre sus alas para alentar así las horas de recogimiento y de estudio.

Este día tiene ciertamente trazas de altura y caracteres que lo distinguen de todos los que forman el engranaje de las ocupaciones escolares. Desde él, jóvenes alumnos, como desde una atalaya, una doble visión se ofrece a vuestros ojos: mirando hacia atrás, descubris, en medio de discreta penumbra, el camino recorrido, al amparo de Dios y bajo el manto de la Virgen del Rosario, y recordáis los adioses de la despedida, el apartamiento de la familia, las tristezas de los primeros días de colegio. Adelante, como galardón a vuestras vigili- as, entrevéis en las brumas del ensueño el hogar lejano engalanado para recibiros y la esperanza os finge por anticipado las voces de los padres y de los hermanos y creéis respirar otra vez las auras de los campos nativos.

Estamos en preludio de vacaciones, por eso la alegría anima vuestros semblantes y el alborozo anda de corazón en corazón, rompiendo todo dique al entusiasmo. Empero, estas horas de dicha, al fin como de quien vive desterrado de la patria verdadera, son raras y esquivas; debéis, pues, gustarlas intensamente a fin de que dejen un sello indeleble de placidez en vosotros. Ojalá no se deslizaran tan pronto y se cumplieran los votos del autor de *Fausto*, cuando al disfrutar de una hora venturosa como ésta, le decía: «Detente, así colmas mi corazón, así eres perfecta.» Y si habéis llegado hasta aquí, sin que el esfuerzo por vuestro adelanto haya conocido límite, os aplaudo y felicito en nombre del Colegio, y cuando se abra de par en par la puerta mayor y os pongáis de nuevo en el camino de vuestras casas, tenéis derecho a expresar vuestra satisfacción por el deber cumplido, con el auxilio de Dios, en íntimas y honestas diversiones, que liman las aspe-

rezas de la vida y forman al correr de los días el poema encantado de la juventud.

Los años que se pasan en el colegio representan una época excepcional en la vida y marcan en la memoria huella tan honda que en vano trata de borrar el olvido. El joven libre de cuidados no sabe de pesares ni de amarguras desoladoras. La experiencia no se atreve a marchar a su lado ni a murmurarle al oído voces de consejo y de alerta. La jornada a penas está en su principio y la senda aparece regada de flores. La lucha por la existencia es una palabra vacía de sentido y si algo se alcanza de ella, se le mira al desgaire como cosa que sólo ha de producir triunfos y gloria. La conciencia no ha experimentado escozores ni turbulencias y tiene la tranquila limpidez de las aguas en calma. Época dichosa cuando el corazón calienta gérmenes de vigorosa vitalidad; cuando la memoria guarda solícita los preceptos divinos y los consejos maternos; mandatos y consejos que van adelante, como columna de luz a lo largo de la vida; cuando la imaginación en su flor, vive de ensueños y de quimeras; cuando toda idea, toda imagen, todo sentimiento tienen para el hombre un encanto original de novedad.

La juventud dotada así, y de pie en el umbral de la existencia; ansiosa de ponerse en marcha para conquistar lo porvenir que brilla ante sus ojos; presa de curiosidad insaciable por lo nuevo y por lo desconocido; impaciente por las realidades de la vida; presta a toda ilusión, constituye la materia prima, delicada y preciosa para formar al hombre nuevo; al hombre que en un mañana no lejano ha de obedecer al impulso de la Iglesia e imprimir dirección a la Patria y ha de ser el campeón esforzado del honor y de la libertad de entrambas.

La enseñanza toma a su cuidado esta formación y en su laboratorio fecundo prepara la fórmula que le ha

de servir como el cincel al artista, para golpear en el bloque humano y hacer surgir el hombre a la vida del espíritu presto a bogar sobre el mar inseguro de las aspiraciones insaciables del alma; libre de toda tutela; en plena posesión de sí mismo; orientado y sereno en el concierto del mundo en donde debe realizar la misión para que vino apercibido de lo alto.

Pero cuán ardua empresa es ésta, la más santa y elevada de cuantas puede acometer el empeño humano, y cuán expuesta a tomar vías estrechas y peligrosas, más bien que las amplias sendas abiertas por el estudio, la meditación y la ciencia.

La enseñanza para ser fiel a su destino y poder imprimir sello de luz en el hombre, necesita removerlo hasta en lo más hondo de su sér; acercársele; escudriñar las modalidades de su mundo interior; lo que dejó en él la culpa original y lo que puso la gracia redentora; sorprender los secretos de su pensamiento, conocerlo en suma, para recoger hasta los más débiles ecos de su espíritu y desarrollar sus facultades en armonía las unas con las otras; para saber con acierto en qué parte necesita ser alentado y en qué parte ser contenido; para poder mirar como a través de limpio cristal las luchas que germinan en su alma y someterlas a regla y disciplina, sin que sufran menoscabo por ello la libre espontaneidad de su espíritu, la ingenua alegría de su corazón, ni la originalidad de su carácter; para desarrollar concertadamente su sér físico, intelectual, moral y afectivo y enderezar su pensamiento y sus aspiraciones hacia las cumbres invioladas de la verdad, de la belleza y del bien, deidades que lo subliman y perfeccionan y lo emancipan de los limbos de la animalidad en que dormitan y mueren los hombres incultos y degenerados.

Basada en este conocimiento, la enseñanza logra resultados sorprendentes, superiores a todo cálculo y a

toda medida. Adquiere la agudeza indispensable para tocar las voluntades y para dar con lo que más convenga a sus propósitos. Encuentra la forma que se acomoda mejor a la naturaleza humana y la ayuda con más eficacia en la obra de su perfección. No camina entre sombras porque la guía una luz intensa que ilumina hasta los últimos contornos del campo en que ejercita su actividad. Desdeña las fórmulas cerradas y rígidas que no están en relación con las condiciones interiores y exteriores de la vida y que parecen inventadas, no para levantar al hombre sino para deprimirlo. Se vale de métodos científicos en toda la extensión del vocablo, nacidos al contacto de la fe, la meditación y la experiencia y en los cuales brilla lo severo de la concepción; lo seguro de los puntos de mira y lo limpio y profundo de los conceptos.

Cuando la enseñanza conoce su naturaleza y la importancia que su concurso representa en los destinos de la humanidad, se echa por todos los experimentos; anda por todos los caminos; pide ayuda a todas las ciencias, para ver de acertar en la misión delicada de formar al hombre, sin ir a poner en descuido o en desacuerdo ninguna parte de su sér. Le procura una conciencia transparente de su fin, que es la bienaventuranza en la vida futura; le da luz para la inteligencia y para la vida; le forma convicciones rectas e inflexibles que templan su carácter y sostienen su conducta; modela su alma para lo varonil, lo delicado y lo piadoso; hace que su corazón se enamore de la religión, de la naturaleza y del bien; ordena y disciplina su fantasía para que se remonte sin peligro a las regiones azules e infinitas del arte; da vigor a su cuerpo para los quebrantos de la vida; pone en su entendimiento el divino estímulo de las ideas; en su voluntad energías potentes que remueven los montes como la fe y hacen brotar de la dura roca en donde duerme el porvenir el agua

viva que alienta las maravillas de la industria y de la ciencia y que se dilata en río anchuroso por todos los términos del mundo.

Cosa muy diferente acontece cuando no se preocupa por estudiar al hombre antes de pretender dirigirlo. Aislada de él por un abismo que ahonda sus simas instante por instante, se encuentra un terreno movedizo, sin estrella polar que guíe sus pasos, condenada a tantear caminos e incapacitada para toda acción eficaz. Detenida en la superficie apenas oye el sordo rumor de la vida que se escapa a sus miradas sin acertar con sus corrientes y sin poderles imprimir dirección. Sus métodos fingidos por el capricho, sin fundamento científico, caen en lo empírico y lo fantástico y quedan condenados a perpetuas mutaciones sin alcanzar nunca una forma estable y definitiva. La enseñanza que no sabe orientarse en rumbos fijos, se pierde en el campo de los esfuerzos infecundos, para llegar a ser a vueltas de muchos peligros memorista y verbal y tener que disfrazar su endebles con palabras sonoras y teorías extravagantes, privadas del soplo vivificador de la ciencia y condenadas, por tanto, a la muerte. Divertida de su origen e ignorante de su fin, deforma al hombre al pretender modelarlo; deja sueltos muchos hilos de la trama educativa y se encapricha por grabar dogmáticamente en el entendimiento palabras y nociones sin sentido y por formarlas en el troquel de teorías arbitrarias; se muestra complaciente con la pereza del espíritu; ahoga los impulsos generosos del corazón; les arrebató la sosegada armonía que debe entrelazarlos y los entrega a la angustiada lucha de todas las contradicciones; hace caer como fruto prematuro falto de savia, ideales risueños sin que hayan alcanzado su punto de condensación.

La enseñanza como oficio exterior queda reducida a un mecanismo inerte, propio a producir resultados

inarmónicos y decadentes. Enriquece la memoria con pormenores subalternos; da opiniones humanas no comprobadas como si fueran tesis científicas, aguza un poco el entendimiento pero no lo disciplina en el arte de formar ideas nuevas, ni acierta a poner en acción su espontaneidad, su originalidad, ni su inventiva. Pule exteriormente con una erudición somerísima, pero no modifica al hombre por dentro, dejándolo entregado a su propia imperfección interior, perplejo ante el conflicto entre las necesidades que imprudentemente levantó en su espíritu y los medios que le dio para satisfacerlas y lo lleva contrahecho y maniatado entre las gentes mal preparadas, inquietas y bulliciosas dispuestas a todas las utopías y a todas las revoluciones, sin ánimo ni fuerza para romper los fuertes lazos que le oprimen. Una noche sin estrellas pone en tortura sus miradas y hace inseguros sus pasos y ante el desvanecimiento de los risueños mirajes que en días venturosos poblaron su fantasía y calentaron su corazón, siente que las ilusiones y los sentimientos generosos se disuelven átomo por átomo y entristecido, desesperanzado, deja sus anhelos sin concierto entregados a los empeños fortuitos del acaso.

¿Qué vale un hombre imperfectamente preparado; con gran caudal de noticias, a menudo falsas, y que, aun siendo verdaderas lo derrumban sin embargo en las conclusiones más disparatadas por falta de potencia lógica bien disciplinada; cuyo entendimiento no tiene exactitud ni flexibilidad, y siente repugnancia en abrirse por entero y con todo su ser a la verdad; cuyas ideas experimentan angustiada lucha para trazarse camino y se disuelven y esfuman con más prontitud que las nubes, al choque de contrarias doctrinas; que no posee el desarrollo intelectual necesario a esclarecer los conceptos que llegan con afán a la mente, ni puede llevar ayuda de luz y de vida a los problemas que de con-

tinuo han de asediarlo; que carece del engranaje moral que detiene los instintos naturales y los rectifica, y consolida los hábitos honestos hasta hacerlos indestructibles; que no encuentra en la religión y en la plegaria la escala que sube hasta Dios? Este hombre víctima de una enseñanza enferma y caduca, altera con su cultura dislocada, como cuerpo recio atravesado en la corriente, la tranquilidad social. Carece de aspiraciones supremas; suele poner en olvido lo que atañe a las creencias religiosas; no sabe dar remedio a los conflictos en que se destrozán las almas; no acierta a ponerse en comunión con la naturaleza ni a buscar en ella sus más puras fruiciones. El ejemplo de los hombres grandes por su saber y por su bondad no le sirve de estímulo para elevarse, sino de ocasión para odiarlos y para tender contra ellos sus manos crispadas; no siente devoción por las cosas nobles y bellas e incapacitado para todo trabajo que exija reflexión y esfuerzo, va a reforzar las turbas, las miserables turbas que cortejan humildemente a los grandes por indignos que sean, o se rebelan contra toda superioridad, inclusive la de Dios.

En vano se trabajará por la redención de un país con mejorar el cultivo de la tierra; con llevar el espíritu industrial y comercial por todas partes; con rellenar el foso y allanar la cuesta; con multiplicar el riel y el dinamo; con dar a las leyes el mayor grado de perfección, si la enseñanza anda descuidada; si no se le concede el puesto de honor que le corresponde; si no se empeña en la aplicación en su provecho, hasta hacerla capaz de producir generaciones buenas y dignas, poseídas de la serena moderación que engendra la equidad y la tolerancia y dispuestas a no acortar medida en tratándose de los adelantos legítimos de la familia, de la Iglesia y de la patria.

El país que nó finca en la enseñanza su más caro interés y no hace de ella el nervio de su prosperidad

y la palanca para levantar en todas direcciones al más alto nivel, al tipo más perfecto y completo, la vida nacional, es un país indiferente a su ruina. Un fluido impalpable penetrará por todo el organismo de sus instituciones para disgregarlo y condensándose luégo en nubes de tempestad lo azotará con toda clase de miserias y calamidades.

Los pensadores de todos los tiempos están de acuerdo en afirmar que el gran secreto de la perfección humana, está encerrado en la enseñanza, por eso Platón la calificaba de divina. Y en la edad presente más que en ninguna otra edad, se le concede importancia suprema y se cree sin salvedades que el destino de un pueblo, su florecimiento, como su decadencia tienen su más hondo fundamento en la enseñanza que se haya dado a sus hombres; y cada día se hacen esfuerzos y se remueven obstáculos, para aclarar y ordenar los diferentes puntos de vista en cuanto a sus medios y propósitos y para ver de condensarlas en formas nuevas y fecundas.

Tarea harto difícil sería dar en una expresión ideal la resultante de las infinitas corrientes que trabajan hoy en la obra general de la enseñanza y ponderar la calidad y valor de los problemas cuya solución persigue. Para llevar a término su destino, no se da punto de reposo, escudriña climas y meridianos; rompe los diques de la indiferencia y de la pereza; arrastra en pos de su carro triunfal todas las inteligencias y las envuelve en el torrente universal de la vida.

Es pues la enseñanza algo sagrado, algo que debe extenderse hasta las más bajas extratificaciones sociales; algo que debe transformar el mundo y no puede realizarse para que produzca obras benéficas y duraderas, por gentes profanas, sino por entendimientos doctos y cristianos y por manos puras y bien amaestradas. Todo lo que se haga por ella dará resultados débiles e im-

perceptibles, si no se pone ahincado empeño en formar maestros cuidadosamente preparados para servirla.

En los países más cultos del orbe, está el enigma de su grandeza en un perpetuo afán, por tener maestros idóneos, y alardean de cordura y de buen sentido y no omiten estudio, ni gasto ni esfuerzo para que sean ellos los guardianes de la cultura humana y labren con su palabra y con su ejemplo el juicio inmovible de la seguridad social. Alinderan los dominios de la enseñanza y no permiten que en el sagrado recinto penetren elementos capaces de torcer o de retardar su desarrollo. El maestro no es persona que se dedica ocasionalmente a serlo, porque en día de escasa fortuna le faltaron clientes o quedó sin empleo, sino hombre docto que, por amor a Dios y a las almas y con disposiciones especiales, se apartó de profesiones halagadoras para dedicarse con fervor a los estudios y a las disciplinas necesarias al magisterio. Esos países, que tienen los ojos fijos en el hilo conductor de su historia, que saben a conciencia lo que son y lo que representan, no entregan la juventud en la cual fincan su orgullo y su riqueza, sino a maestros reconocidos que puedan darles hombres cuidadosamente formados, cristianos a carta cabal, patriotas sinceros y magnánimos, sanos de cuerpo y de alma, enamorados del bien, enemigos implacables del mal; invencibles en todas las empresas de la actividad humana, y desdeñan y dejan burladas las pretensiones de los que quieren especular en campos que no son de su dominio con menoscabo y perjuicio de la inteligencia y el corazón de los pueblos. ¿Cómo puede un maestro improvisado darle a la patria generaciones cultas, severas, dignas y honradas?

En sus manos la juventud se convierte en masa inerte y sin interna vocación que se atropella en las aulas el menor tiempo posible y que si algo desea es que se disminuya la dosis de sabiduría para obtener

pronto certificaciones de una idoneidad que no ha podido conseguir, y así preparada se lanza luego al combate de la vida real con el entendimiento enflaquecido; con la voluntad floja, con el espíritu inculto, con el carácter dado a elasticidades dañinas, perdida la orientación y marchando al azar entre la confusa gritería de oscuras aspiraciones más difíciles de interpretar que el oráculo de Delfos.

Si la enseñanza consistiese sólo en el elemento instructivo, no sería empresa tan ardua ser maestro, y se podrían determinar con más exactitud sus condiciones; pero ella es difícil y no la puede acometer cualquiera, porque debe realizar obras más altas y complicadas desde que el hombre es algo más que un repetidor mecánico de lo que aprende. El maestro sabio y generoso, desenvuelve las fuerzas del espíritu y les da dirección; pone especial empeño en formar en el joven un razonamiento recto, que crece con él y le acompaña siempre, mientras van quedando atrás, desvanecidas, la vivacidad y las gracias de la infancia, y la ternura del corazón se pierda o se atenúa cuando las pasiones y el trato con los hombres lo han endurecido en los ásperos trajines del mundo. Le enseña el arte de la vida para que sepa aprovechar con sensatez, con oportunidad y tacto, honrada y noblemente las fuerzas de la trama social en provecho propio y de sus semejantes. Lo familiariza con el ejercicio enérgico e íntimo de su propia actividad, obligándolo a luchar con los obstáculos, a hablar, a concertar sus planes, a tantear, a decidirse, a ponerse a cubierto de la dispersión y del fracaso; lo pule de las asperezas de la vulgaridad y lo libra de la dictadura del egoísmo y de la servidumbre y de las timideces de la rutina.

En cambio, el maestro indocto y de miras estrechas, no puede, ni se preocupa por ello, formar nada estable en el joven; no lo levanta por encima del nivel de las

cosas pequeñas; enreda los conceptos en su mente, limita su inteligencia, acorta su vista intelectual, no sacude su personalidad para la vida activa y enérgica, le infunde miedo para toda empresa, pone mano activa para cerrarle los horizontes, y lo hace víctima de la derrota el día en que le den batalla la impotencia y la tentación comunicadas.

El maestro para que merezca nombre tan alto necesita haber nacido con disposiciones especiales para la enseñanza; tiene que ser hombre bien equilibrado; de temperamento ideal; amante de lo noble y lo grande; capaz de despertar el pensamiento ajeno al contacto de su pensamiento. Puesto al frente de la juventud que se aparta de los ojos amorosos y de las manos directoras de la familia para recibir de extraños educación y cultura de manera ordenada y científica ha de sentirse en terreno propio, en donde pueda volver y revolver el arado a su antojo hasta que queden extirpadas las malas semillas y puedan las buenas, sin que plantas extrañas les mermen los jugos, rendir abundante cosecha. Ha de estar adornado con varias virtudes, hijas de la fe, y tener el dón, que es fruto de la divina caridad, de ligar los corazones con fraternal lazada para hacer fáciles y estables las relaciones sociales. Perito en el arte de dirigir voluntades, las pone en disciplina sin que llegue a convertirse en malla tupida que destruye toda iniciativa particular, ni en obstáculo que avasalla, sino en servicio amistoso que estimula el esfuerzo personal. Necesita poner el corazón y la mente en la enseñanza, vivir por ella y conocer los caminos que la llevan a términos afortunados. Ha de peregrinar al silencioso templo de las grandes edades antiguas y de los grandes hombres para investigar el secreto de su grandeza y buscar en la historia la fisonomía de las sociedades extinguidas, para sacar del pasado experiencia y poder con acierto elegir rumbos y evitar es-

collos, y ha de tener por encima de toda cultura, honda versación en la psicología humana para acercarse con éxito al alma delicada de la juventud, hacer fecunda, sólida y atractiva la enseñanza y formar generaciones que le sirvan de orgullo y en las cuales pueda imprimir el sello de su fisonomía y de su carácter. El joven educado por él llegará a ser útil a su país, sabrá acoger y asimilarse todo elemento bueno, toda sana tendencia, todo progreso legítimo; adquirirá el dón del acierto para todas las empresas a que encamine su actividad; se esforzará porque reine entre los hombres el amor, la paz, la tolerancia y la concordia; romperá los moldes estrechos del espíritu sectario y las barreras de hielo que la indiferencia y el orgullo interponen entre las clases; contribuirá con su inteligencia y con sus manos a toda obra de emancipación, de libertad y de cultura y por lo ecuánime de su temperamento; por la rectitud y alteza de su criterio; por la bondad de su corazón; por el desdén a lo pequeño y a lo vulgar revelará el temple de su alma, como Aquiles reveló el de la suya prefiriendo las armas guerreras a las joyas femeniles que le ofrecía Ulises.

Quien quiera saber el grado de cultura de una nación y los pasos que ha dado en el camino del progreso, debe averiguar qué importancia le da a la enseñanza y cómo la entiende; necesita visitar sus escuelas y sus colegios; leer sus revistas y sus periódicos; hablar con sus maestros: si allí el Gobierno no cree cumplir con su deber, ni asegurado el porvenir de la patria, con sólo dictar un programa de estudios escueto y frío; si los escritores públicos disertan sobre asuntos docentes y logran con su esfuerzo hacer que se le rinda culto a la enseñanza por toda clase de personas; si los maestros representan el primer elemento educativo y se trabaja por elevar su situación personal y por hacerlos cada día más dignos y capaces de la obra que se pone

entre sus manos; si el mérito no necesita dar golpes de martillo para que se le reconozca y se le atienda; si la audacia no es la única puerta para obtener gracia ante los altos poderes, esa nación vale mucho.

Si por el contrario no se le presta sino escaso interés a la enseñanza; si sólo sirve en teoría para ejercicio poético y oratorio en los parlamentos, pero queda en la práctica descuidada por la incuria de esas mismas entidades; si el miedo y la indecisión presiden sus destinos; si el Gobierno con vigor y honrada franqueza no evita los bachilleres precoces, superficiales y retóricos que llegan a los doctorados de las Facultades sin ningún conocimiento, pero llenos de presunción y de vanidad para hablar de todo, sin entender de nada, queriendo resolver en última instancia los más graves problemas que hay entre el cielo y la tierra, y reformar de un solo golpe y por entero la faz de la República y del mundo; si la prensa no se ocupa de la enseñanza sino por espíritu de partido; si las escuelas por falta de apoyo languidecen y se apagan en lugares míseros y desmantelados; si los maestros no son lo que deben ser y la mano del amigo influyente los improvisa, esa nación no vale nada, está dejada de la mano de Dios, camina a tientas sin llegar nunca al concierto de los pueblos cultos y merece que se pronuncie contra ella la sentencia con que el gran orador Ríos Rosas condolido ante la decadencia de la cultura española, increpaba a los partidos medios, diciéndoles: «No tenéis la juventud; os abandona y hace bien, porque no la enseñáis, porque no la guiáis, porque no comprendéis, porque os morís; ya que comprender o morir es la suerte de nuestro siglo.»

Jóvenes rosaristas. En su vejez el atleta Milón de Crotona contemplaba con tristeza sus enflaquecidos brazos y sus distendidos músculos y se dolía amargamente al ver acabadas sus fuerzas, sin que hubiera logrado

alzar fábrica ninguna capaz de resistir, como las rocas graníticas, el empuje destructor de los tiempos. Vosotros sois atletas también pero más sublimados, porque tenéis la triple fuerza del brazo, del corazón y de la inteligencia. Tratad de cultivarlos conjuntamente llenos de brío y de anhelo para levantar obras que no merme ni destruya la ola corrosiva de los años, y os libren del olvido; no vaya a acontecer que llegue la tarde de la vida y os encuentre con las manos vacías, sin ánimo ni fuerzas y tengáis que lamentaros amargamente como el coloso antiguo. Estáis en la edad de los sentimientos generosos. Vais a cruzar el mar de la vida en donde si hay calmas y girones de cielo azul para encanto del espíritu, también hay tempestades terribles y abrumadoras que destrozan los corazones y ponen en tortura las almas. Preparaos a ser fuertes y buenos. Lleváis en vuestras manos las energías del futuro; vais a alcanzar auroras desconocidas que alumbrarán días de prosperidad y grandeza para la patria; os toca resolver dudas y destruir errores; ampliar horizontes y romper el marasmo que nos enerva y nos destruye. Envidiable suerte la vuestra. No viváis de altiveces infundadas ni de blasones, sino de esfuerzo, de previsión y de perseverancia; recordad que habéis estado en un Colegio que impone por la gloria de sus tradiciones y cuyas puertas no se pueden traspasar sin sentir a la vez admiración, respeto y orgullo; pensad que habéis tenido a la Bordadita por madre, por oráculo al Doctor de Aquino, por maestro y por amigo también a un sacerdote ilustre en razón de su origen, su virtud, su entendimiento y su ciencia.

ANGEL MARIA SAENZ, M. A.

28 de octubre, 1916